

H. P. LOVECRAFT

LA LLAMADA DE CTHULHU

seguido de

LA SOMBRA SOBRE INNSMOUTH



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Narrativa

LA LLAMADA DE CTHULHU

H. P. Lovecraft

1.ª edición: mayo de 2026

Título original: *The call of Cthulhu*

Traducción: *Juli Penadejordi*

Corrección: *Ediciones Obelisco*

Diseño de cubierta: *Ediciones Obelisco*

© 2026, Ediciones Obelisco, S.L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S.L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 253

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-413-5

DL B 9725-2026

Impreso por CPI Black Print - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

ÍNDICE

PRÓLOGO	5
LA LLAMADA DE CTHULHU	11
LA SOMBRA SOBRE INNSMOUTH	61

PRÓLOGO

Un libro que reúne *La llamada de Cthulhu* y *La sombra sobre Innsmouth* no es simplemente una colección de relatos de terror; es la apertura hacia una forma particular de mirar el universo y el lugar que ocupa el ser humano dentro de él. Estas historias no buscan provocar un miedo inmediato ni un sobresalto pasajero, sino una inquietud más profunda y duradera: la sospecha de que la realidad es inmensamente más vasta, más antigua y más indiferente de lo que nuestra mente quiere admitir. Leer estas páginas equivale a abandonar, aunque sea por un instante, la cómoda ilusión de la importancia central del ser humano en el mundo y aceptar la posibilidad de que somos apenas una nota fugaz en una partitura cósmica interminable.

El horror que se despliega en estos relatos no se construye mediante la violencia explícita ni la acumulación de escenas grotescas, sino a través de la insinuación sutil, el descubrimiento gradual y la erosión progresiva de las certezas. El lector no es arrastrado por una sucesión de sustos, sino conducido por una lenta corriente de revelaciones que, una a una, desestabilizan la confianza en lo conocido. Los protagonistas no son héroes en el sentido tradicional, sino observadores, investigadores, testigos que se ven empujados a comprender algo que, en realidad, no debería ser comprendido. El cono-

cimiento, lejos de ofrecer salvación, se convierte en una carga. Saber demasiado es el verdadero peligro.

En *La llamada de Cthulhu*, la amenaza no adopta la forma de un enemigo concreto que pueda vencerse, sino la de una presencia antigua, indiferente y descomunal cuya sola existencia relativiza cualquier aspiración humana. El horror surge al comprender que la humanidad no es el centro del universo, ni su finalidad, ni siquiera una preocupación para las fuerzas que lo habitan. El relato se estructura como una investigación fragmentaria, compuesta por documentos, testimonios y recuerdos dispersos que, al unirse, revelan una verdad insoportable. Esa estructura no es casual: imita el modo en que la mente humana se enfrenta a lo incomprensible, reuniendo piezas sueltas en un intento desesperado por construir sentido allí donde tal vez no lo haya.

La sombra sobre Innsmouth, por su parte, desplaza el foco desde lo cósmico hacia lo local, pero sin perder la dimensión abismal que caracteriza a este universo narrativo. Aquí el terror adopta una forma más tangible: un pueblo decadente, una comunidad aislada, una herencia oscura que se transmite de generación en generación. Sin embargo, esa cercanía no lo hace menos perturbador. Al contrario, lo vuelve más íntimo. El lector no contempla un abismo distante en las estrellas, sino un deterioro que se infiltra en lo cotidiano, en la sangre, en la identidad misma. La pregunta ya no es sólo qué hay ahí fuera, sino qué llevamos dentro sin saberlo.

Ambos relatos comparten una estrategia fundamental: la construcción de atmósferas densas y opresivas donde el entorno no es un simple decorado, sino un agente activo del miedo. Las ciudades húmedas, los puertos silenciosos, las bibliotecas polvorientas, los callejones desiertos y los mares

inmóviles no son escenarios neutrales, sino extensiones del estado mental de los personajes. El paisaje se convierte en reflejo de una conciencia que se resquebraja lentamente. El silencio pesa, la niebla oculta más de lo que muestra, y cada detalle parece insinuar que hay algo fuera de lugar, algo que no encaja en la lógica ordinaria del mundo.

Uno de los rasgos más distintivos de estas narraciones es su relación con el tiempo. No se trata de un tiempo lineal, sino de una dimensión profunda y acumulativa donde las eras se superponen y los vestigios del pasado nunca desaparecen del todo. Civilizaciones olvidadas, cultos ancestrales, manuscritos prohibidos y ruinas imposibles sugieren que la historia humana es apenas una capa superficial sobre estratos mucho más antiguos. Esta percepción transforma la experiencia de la lectura: el presente deja de ser un punto firme y se convierte en una delgada película sobre un océano de antigüedad insondable.

El conocimiento ocupa un lugar ambiguo en estas páginas. Por un lado, impulsa a los personajes a investigar, a leer, a indagar en archivos y tradiciones. Por otro, es precisamente ese impulso el que los conduce al desasosiego. La curiosidad, que en otros géneros es una virtud, aquí se revela como una fuerza peligrosa. No todo debe saberse, parecen advertir estas historias: hay verdades cuya revelación no ilumina, sino que oscurece. La mente humana, limitada por naturaleza, se ve enfrentada a realidades que exceden su capacidad de comprensión, y en ese choque se produce el verdadero horror.

Otro elemento esencial es la fragilidad de la identidad. En *La sombra sobre Innsmouth*, especialmente, la herencia y el linaje se convierten en ejes de inquietud. La identidad deja de ser una construcción firme y se transforma en una

incógnita susceptible de revelaciones devastadoras. El pasado familiar, lejos de ofrecer seguridad, puede ocultar secretos que alteran por completo la percepción de uno mismo. Así, el miedo no se limita a lo externo; se interioriza, se vuelve una sospecha constante sobre la propia naturaleza.

La prosa que sostiene estos relatos es deliberadamente densa y evocadora. No busca la velocidad, sino la acumulación de matices. Cada descripción, cada referencia erudita, cada alusión a textos inexistentes contribuye a crear una ilusión de profundidad histórica y cultural. La ficción se presenta envuelta en una apariencia de documentación que refuerza su verosimilitud. El lector no se siente ante una simple invención, sino ante un imaginario que parece haber existido siempre en algún rincón olvidado del mundo.

Este tipo de terror no se agota al cerrar el libro. A diferencia del miedo inmediato, que se disipa con rapidez, la inquietud que aquí se genera persiste como una idea, como una duda que se instala en la mente. El lector puede olvidar los detalles concretos de la trama, pero rara vez olvida la sensación de pequeñez, de insignificancia, de confrontación con lo incomprensible. Ese efecto prolongado es, quizás, la mayor virtud de estas historias: no sólo asustan, sino que transforman la manera en que se contempla la realidad durante un tiempo.

Este libro, al reunir ambas narraciones, propone un recorrido doble: del abismo cósmico al abismo íntimo, de la insignificancia universal a la sospecha personal. El lector atraviesa primero la vastedad indiferente del universo y luego desciende a la inquietud de la propia identidad. En ese tránsito se revela una idea central: el horror más profundo no siempre reside en lo que nos amenaza desde fuera, sino en lo

que descubrimos al comprender nuestro verdadero lugar en el conjunto de las cosas.

Así, estas páginas no sólo narran historias de criaturas antiguas o pueblos decadentes; plantean una visión del mundo donde el misterio no es un elemento accesorio, sino una condición permanente. La realidad deja de ser un espacio completamente explicable y se convierte en un territorio lleno de zonas oscuras. Y en esa oscuridad, lejos de encontrar únicamente miedo, se descubre también una forma particular de fascinación: la atracción irresistible por lo desconocido, por aquello que desborda nuestra comprensión y nos recuerda, con una mezcla de inquietud y asombro, que el universo es mucho más amplio que aquello que conseguimos abarcar con nuestras certezas.

EL EDITOR

LA LLAMADA DE CTHULHU

*Manuscrito hallado entre los papeles del difunto
Francis Wayland Thurston, de Boston*

El horror hecho arcilla

No hay en el mundo mayor bendición, creo, que la incapacidad de la mente humana de relacionar entre sí todo lo que hay en ella. Vivimos en una apacible isla de ignorancia en medio de negros mares de infinito y, de hecho, no estaba escrito que navegáramos muy lejos. Las ciencias, cada una esforzándose en su propia dirección, hasta ahora nos han perjudicado poco; pero algún día la recomposición de conocimientos disociados abrirá perspectivas tan aterradoras de la realidad y de nuestra espantosa posición en ella que, o bien enloqueceremos ante tal revelación, o huiremos de la luz mortífera hacia la paz y la seguridad de una nueva edad oscura.

Los teósofos han especulado acerca de la pavorosa grandeza del ciclo cósmico en el que nuestro mundo y la raza humana constituyen meros incidentes transitorios. Han insinuado extrañas supervivencias en términos que nos helarían la sangre si no estuvieran enmascarados por un blando optimismo. Pero no procede de ellos la visión de épocas prohibidas que me hace sentir escalofríos cada vez que pienso en ella y me vuelve loco en mis sueños. Ese atisbo, como todos

los atisbos terribles de la verdad, surgió del encaje accidental de cosas separadas: en este caso, una vieja noticia de periódico y las notas de un profesor muerto. Espero que nadie más lleve a cabo ese encaje. Ciertamente, mientras viva, yo jamás proporcionaré a sabiendas eslabón alguno en una cadena tan horrible. Creo que el profesor también pretendía guardar silencio respecto a su parte y que habría destruido sus notas si la muerte súbita no lo hubiera sorprendido.

Mi conocimiento del asunto comenzó en el invierno de 1926 a 1927 con la muerte de mi tío abuelo George Gammell Angell, profesor emérito de Lenguas Semíticas en la Universidad Brown, en Providence, Rhode Island. El profesor Angell era ampliamente conocido como autoridad en grabados antiguos y con frecuencia había sido consultado por los directores de importantes museos, de modo que su fallecimiento a los noventa y dos años fue notado por muchos. A nivel local, el interés se vio intensificado por la oscuridad que rodeó a la causa de su muerte. El profesor fue atacado mientras regresaba del barco de Newport; se desplomó de repente, según dijeron los testigos, tras haber sido empujado por un hombre de tez oscura con aspecto de marinero que había salido de uno de los extraños y oscuros patios de la empinada ladera que constituía un atajo desde el muelle hasta la casa del difunto en Williams Street. Los médicos no pudieron encontrar ningún trastorno visible, pero concluyeron, tras un acalorado debate, que alguna extraña lesión del corazón, inducida por la rápida ascensión de una colina tan empinada por parte de un hombre tan anciano, había sido la responsable del final de su vida. En aquel momento no vi razón para disentir de este dictamen, pero últimamente tengo mis dudas... Y algo más que dudas.

Como heredero y albacea de mi tío abuelo, pues murió viudo y sin hijos, se esperaba que revisara sus papeles con cierta minuciosidad, y con ese propósito trasladé todo el conjunto de sus archivos y cajas a mis habitaciones en Boston. Gran parte del material que ordené será publicado más adelante por la Sociedad Americana de Arqueología. Sin embargo, encontré una caja que me desconcertó sumamente y que me sentí totalmente reacio a mostrar al ojo público. Estaba cerrada con llave, y no encontré la llave hasta que se me ocurrió examinar el anillo personal que el profesor llevaba siempre en el bolsillo. Logré abrirla entonces, pero me encontré con otro obstáculo mayor y aún más impenetrable. ¿Qué significado podía tener ese curioso bajorrelieve de arcilla, además de esas notas, fragmentos y recortes de viejos periódicos? ¿Se había convertido mi tío, en sus últimos años, en un devoto de las más superficiales imposturas? Resolví buscar al excéntrico escultor que había alterado la paz mental del anciano.

El bajorrelieve era un tosco rectángulo de menos de tres centímetros de grosor y de entre doce y quince centímetros de superficie; obviamente de origen moderno. Sus diseños, sin embargo, distaban mucho de ser modernos en atmósfera y sugerencia pues, aunque las extravagancias del cubismo y el futurismo son muchas y muy excéntricas, no suelen reproducir esa regularidad críptica típica de la escritura prehistórica. Y, con toda certeza, por lo menos la mayor parte de esos diseños parecía escritura de algún tipo; aunque mi memoria, pese a la gran familiaridad con los papeles y colecciones de mi tío, era totalmente incapaz de identificar cuál era en particular o siquiera de señalar sus afiliaciones más remotas.

Por encima de estos aparentes jeroglíficos había una figura de evidente intención pictórica, aunque su ejecución impre-

sionista impedía poder hacerse una idea muy clara de su naturaleza. Parecía una especie de monstruo, o un símbolo que representaba a un monstruo, de una forma que sólo las fantasías de un enfermo podrían concebir. Si digo que mi imaginación, algo extravagante, produjo imágenes simultáneas de un pulpo, un dragón y una caricatura humana, no traicionaré el espíritu de la cosa ante mí. Una cabeza pulposa y tentaculada coronaba un cuerpo grotesco y escamoso provisto de alas rudimentarias; pero era el contorno general del conjunto lo que lo hacía más aterrador. Detrás de la figura había una vaga sugerencia de un fondo arquitectónico ciclópeo.

Las notas que acompañaban a este curioso objeto, además de unos recortes de periódicos, habían sido escritas por el profesor mismo y no tenían pretensiones literarias. Lo que parecía ser el documento más importante estaba encabezado por las palabras «EL CULTO DE CTHULHU» en caracteres cuidadosamente impresos para evitar la lectura errónea de una palabra tan inaudita. El manuscrito estaba dividido en dos secciones, la primera de las cuales se titulaba «1925. Sueño y obra onírica de H. A. Wilcox, 7 Thomas St., Providence, Rhode Island», y la segunda, «Informe del inspector John R. Legrasse, 121 Bienville St., Nueva Orleans, a la Sociedad Americana de Arqueología, 1908. Notas del mismo y relato del profesor Webb». Los demás papeles manuscritos eran todos breves notas, algunas de ellas relatos de los extraños sueños de distintas personas, otras citas de libros y revistas teosóficas —principalmente *La historia de la Atlántida y la Lemuria perdida* de W. Scott-Elliot— y el resto comentarios acerca de la supervivencia de sociedades y cultos oscuros, con referencias a pasajes de fuentes mitológicas y antropológicas como *La rama dorada* de Frazer y *El culto de las brujas*

en Europa Occidental de la señorita Murray. Los recortes de periódicos aludían en su mayoría a enfermedades mentales extravagantes y a brotes de locura o demencia colectiva en la primavera de 1925.

La primera mitad del manuscrito principal relataba una historia muy peculiar. Al parecer, el 1 de marzo de 1925, un joven delgado y moreno, de aspecto neurótico y excitado, había visitado al profesor Angell llevando el singular bajo relieve de arcilla, que entonces estaba extraordinariamente fresco y húmedo. Su tarjeta llevaba el nombre de Henry Anthony Wilcox, y mi tío lo había reconocido como el hijo menor de una excelente familia a la que conocía vagamente. Wilcox, que últimamente había estado estudiando escultura en la Escuela de Bellas Artes de Rhode Island y viviendo solo en el edificio Fleur de Lys, cerca de dicha institución, era un joven precoz, de genio reconocido pero de gran excentricidad, y desde la infancia había llamado la atención por las historias extrañas y los sueños singulares que acostumbraba a relatar. Decía de sí mismo que era «psíquicamente hipersensible», pero la gente sobria de la antigua ciudad comercial lo tildaba simplemente de «raro». Sin mezclarse nunca demasiado con los de su especie, había ido desapareciendo gradualmente del ojo público, y ahora sólo era conocido por un pequeño grupo de estetas de otras ciudades. Incluso la Asociación Artística de Providence, deseosa de preservar su exclusividad, lo había echado.

Con motivo de la visita, decía el manuscrito del profesor, el escultor había pedido abruptamente beneficiarse de los conocimientos arqueológicos de su anfitrión para identificar los jeroglíficos del bajo relieve. Hablaba de un modo soñador y pomposo que sugería pose e impedía simpatizar con él;